

Virgilio Ortega

Palabrotología

Etimologías de las palabras soeces

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2015

Palabrotología
Virgilio Ortega

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Virgilio Ortega, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-802-0
Depósito legal: B. 68 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

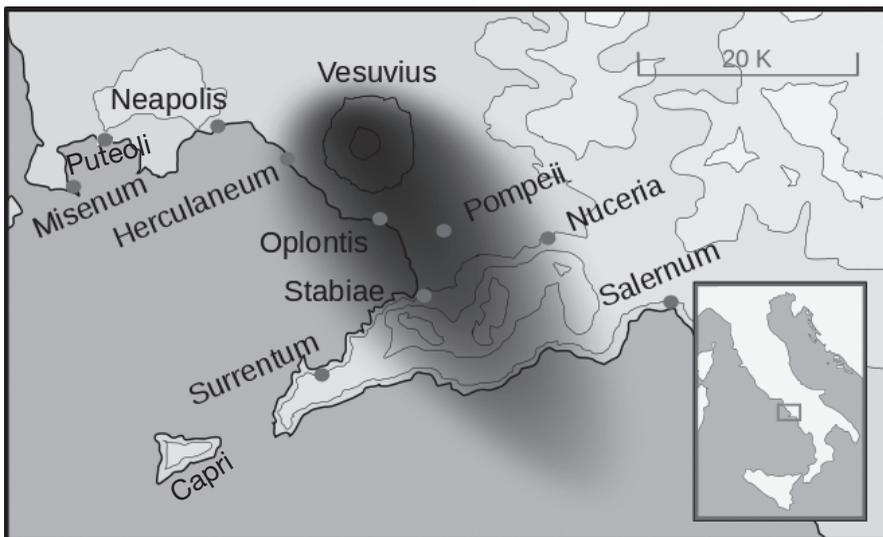
ÍNDICE

Introducción	9
¿Palabras soeces?	21
I. En las termas y en las tabernas	
Pompeya, año cero	25
En la encrucijada	51
En las termas	65
Por la calle mayor: tabernas y grafitos.	77
En la taberna de Aselina.	97
II. La gran cena	
Todo un privilegio: invitado a la casa	127
La cena de Trimalción	155
III. En el Gran Lupanar	
Celebrando la vida antes que la muerte.....	203
¡A pagar! (Por un extraño servicio).	271
<i>Amicus certus</i>	277
IV. Epílogo pompeyano	
Pompeya, recuperada	281

Lecturas recomendadas	287
Créditos de las imágenes	291
Agradecimientos	293
Índice alfabético de términos	295



Figura 2.1. Mapa de la zona de Pompeya, indicando en un color más oscuro el área a la que más afectó la erupción del volcán del año 79: un óvalo de más de 20 km de longitud por más de 10 km de anchura (en el recuadro, situación de la zona en la península italiana). Los nombres se indican en latín, de donde nos vienen los correspondientes topónimos actuales: **Vesubio**, cuya última sílaba se escribía con 'v' (como sucede aún en italiano y en inglés); **Pompeya** (*Pompeii* en latín, *Pompei* hoy en italiano) y **Herculano** (*Herculaneum*, como se llama aún en inglés), que nos dejaron los restos más impresionantes, aunque también son muy interesantes las ruinas de **Estabia** (*Stabiae*) y **Oplontis**; y topónimos tan fáciles de identificar aún como **Salerno** (*Salernum*), **Sorrento** (*Surrentum*, en napolitano actual *Surrientum*) y **Nápoles** (la *nea*, 'nueva', *polis*, 'ciudad', la 'nueva ciudad' fundada por los colonos griegos de la zona). **Pozzuoli** se llamaba *Puteoli* ('pocitos') y **Capri** era el genitivo de *caper* ('cabrón', 'macho cabrío'). Frente al cabo **Miseno** (*Misenum*) navegaba la flota de Plinio el Viejo, que moriría por su irresistible curiosidad de ver cerca la erupción del Vesubio. Y los forofos de *Nuceria* (hoy **Nocera Inferiore**) se pelearon a muerte contra los pompeyanos ante el Anfiteatro en defensa de sus gladiadores favoritos. ¿Seguro que estamos hace dos mil años?



POMPEYA, AÑO CERO

El año 79 de nuestra era es el “año cero” de Pompeya, pues a partir de entonces esta ciudad romana dejó de existir. Y allí nos lleva nuestra nave del tiempo: en ella viajamos a Pompeya precisamente en el verano de ese año 832 *Ab Urbe condita* (AUC), ‘desde la fundación de Roma’ (recuerden: 753 años de la era romana + 79 años de la era cristiana = año 832 AUC). Estamos a finales del mes de **junio** (así llamado en honor de la diosa Juno). (Véase Figura 2.1).

La muerte aún no ha llegado, por lo que la vida rebulle todavía por doquier.

En el Foro

La nave del tiempo nos ha dejado, a primera hora de la mañana, en el *Forum*, la plaza mayor. (Véase Figura 2.2). Es una plaza impresionante, con el Templo de Júpiter recortándose al fondo contra la imponente silueta del Vesubio (del nombre de aquel dios vienen el de nuestro mayor planeta, **Júpiter**, y el del cuarto día de la semana: del latín *Iovis* procede nuestro **jueves**). Visto desde este extremo sur del *Forum*, el Vesubio subyuga con su formidable mole (véase Figura 2.3); pero nada más, pues aún no se ha creado la profesión de **vulcanólogo** (de Vulcano, dios del fuego) para prevenirnos. Porque lo peor aún está por llegar.

Un **cicerone** se nos acerca (con más facundia y conocimientos históricos que el propio Cicerón) y nos explica la situación:

—Las numerosas obras de reconstrucción que aún se ven en muchos edificios se deben a la enorme destrucción provocada por un terrible **terremoto** (aprovecho yo mentalmente para mis etimologías: de *terræ motus*, ‘movimiento de la tierra’) que hubo hace tan sólo diecisiete años. (Véase Figura 2.4). Precisamente por ese *prodigium* (**prodigio**, en general de mal agüero) se está edificando el nuevo templo que se ve al fondo a la derecha, dedicado a los *Lares publici*, que son los dioses protectores de la ciudad, los **lares** públicos.

—¡Ojalá sirviese para algo! —comento yo en voz baja, para mí. Pero no podemos modificar la historia, sólo observarla.

—En el *Forum* es donde se desarrolla la vida comercial, política y judicial de la ciudad.

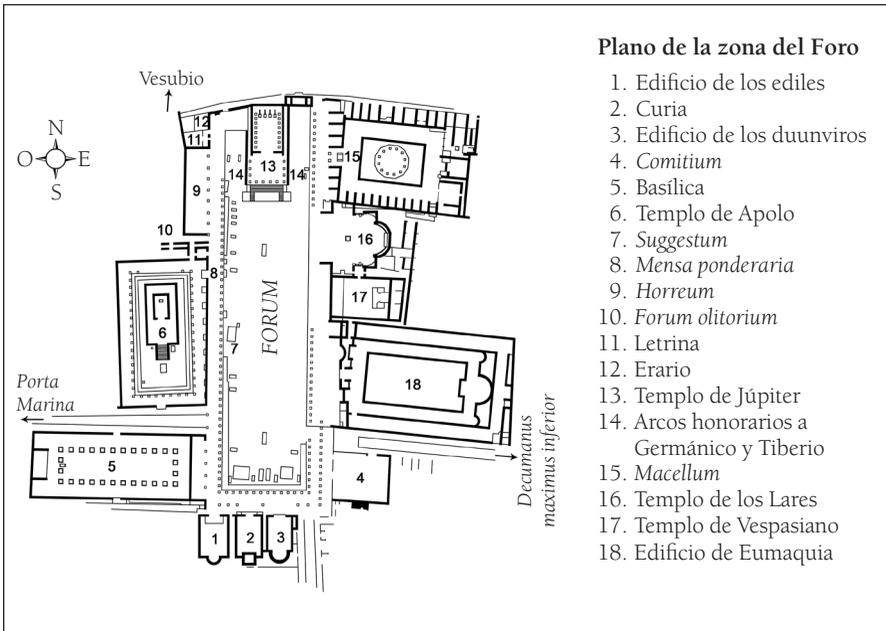


Figura 2.2. Plano del Foro de Pompeya, con sus lugares más interesantes. La ciudad se desarrolla sobre todo al este (siguiendo el *Decumanus maximus inferior*), el Vesubio queda al norte y el mar Mediterráneo al suroeste (por la *Porta Marina*).



Figura 2.3. En el extremo norte del Foro de Pompeya se alza el edificio principal de la ciudad: el Templo de Júpiter, flanqueado por los arcos en honor al gran militar Germánico y al emperador Tiberio. Al fondo se recorta, amenazante, la silueta del Vesubio.

(La palabra **fórum** la hemos asumido en español hasta el punto de no tener que cambiar nada más que el acento. Con ella designamos hoy el lugar donde se reúne gente para discutir diversos asuntos de actualidad. Y del latín *forum* derivan nuestras palabras **foro**, con el mismo significado de «sitio en el que los tribunales oyen y determinan las causas» según el DRAE, e incluso **fuero**, el ‘código’, la ‘jurisdicción’, el conjunto de leyes decididas en las instalaciones del foro.)

A nuestro lado hay varios monumentos que muestran esa jurisdicción: detrás, tres edificios civiles de carácter municipal; a nuestra derecha, uno de carácter político, y a nuestra izquierda, otro de carácter judicial. Nos lo explica, minuciosamente, nuestro cicerone particular:

—Tras nosotros, las tres oficinas municipales: 1) la sede de los *Ædiles* (los **ediles**, que se ocupan de las obras públicas, o sea, de cada *ædificium*, **edificio**, palabra que se compone de otras dos: *ædes*, ‘templo’, ‘casa’, y *facio*, ‘hago’, ‘edifico’); 2) la *Curia* (**curia**, para la asamblea del *Ordo Decuriorum*, es decir, de los **decuriones**) y 3) la sede de los *Duoviri* (de *duo*, **dos**, y *vir*, *vir*, **varón**, la ‘pareja de hombres’ o **duunviro**s responsables de la magistratura suprema de la ciudad).

Y nuestro amable e informado cicerone, que me imagino que hace esto *gratis et amore* (esta expresión la conservamos aún en español, por lo que apenas necesita traducción: ‘gratis y por amor’, o sea, por amor al arte), sigue con sus prolijas explicaciones:

—A nuestra derecha está el *Comitium*, destinado a uno de los actos más importantes de la vida pública: los **comicios** o elecciones a los cargos municipales. Y a la izquierda, la *Basilica* (**basílica**, una especie de centro de negocios, parecido a nuestra Bolsa, de donde luego tomarán nombre y forma ciertos templos de una religión que ahora está empezando), la cual alberga al fondo el edificio del *Tribunal* (**tribunal**, donde los magistrados ejercen justicia). (Véase Figura 2.5).

Nos estamos dando cuenta de una cosa: de que, analizando el origen de nuestro castellano (‘comicios’, ‘basílica’, ‘tribunal’) y sabiendo un poco de latín (‘*Comitium*’, ‘*Basilica*’, ‘*Tribunal*’), entendemos perfectamente los nombres de muchos edificios y cargos de Pompeya. ¡Y así nosotros estamos construyendo ya una ciudad con palabras!

Un templo al amor (¿o al sexo?)

—Si seguimos por el lado izquierdo del *Forum*, tras la *Basilica* una calle nos lleva hasta la *Porta Marina* (la *porta* o **puerta** de la ciudad ‘que da al mar’, el cual ahora está bastante cerca). Pero antes de llegar vemos que se está construyendo el nuevo Templo de Venus, en sustitución del destruido por el terremoto.



Figura 2.4: Ya en el año 62 (diecisiete antes de la famosa erupción) Pompeya sufrió un gran terremoto, como muestra esta plancha esculpida de entonces. El templo de Júpiter (entre dos estatuas ecuestres) aparece tambaleándose en el Foro.



Figura 2.5: La Basílica y, al fondo, el Tribunal. La *basilica* latina no era una iglesia, sino un centro económico, pero su estructura arquitectónica dio nombre a nuestras **basílicas**. En cambio, la función del *tribunal* ya era la misma que la de nuestros **tribunales**.

¡Curiosa ciudad, Pompeya, que tiene un templo dedicado a la diosa del amor! ¡Bien empezamos! Con Venus y su hijo Cupido, correspondientes latinos de los griegos Afrodita y Eros. ¿Por qué maldita maldición a Eros siempre le tiene que perseguir Thánatos? Y al final, ¡ay!, en ese binomio ha de terminar venciendo éste: hasta el más consumado **erotómano**, por muy **erotomaníaco** que haya sido, acaba sus días en el **tanatorio**. Como los acabará pronto la venusina Pompeya.

—Es que Venus es la diosa protectora de la ciudad —nos dice nuestro amigo-cicerone—. De hecho, el nombre oficial de ésta se compone de cuatro partes: 1. *Colonia* (como esa ciudad, **Colonia**, creada por los romanos entre los bárbaros del norte); 2. *Cornelia* (por el nombre de la *gens* o **gente** Cornelia, el ‘linaje’ al que pertenecía Sila, aquel cruel militar romano de un solo testículo que la asedió hace 168 años); 3. *Veneria* (como las enfermedades **venéreas** de quienes se dedican a los placeres ‘de Venus’ sin las debidas precauciones); y 4. *Pompeiana* (por el nombre de la antigua ciudad: *Pompeii*). O sea, **Pompeya** es la *Colonia Cornelia Veneria Pompeiana*.

(Por cierto, ¡qué injusto ha sido nuestro lenguaje en el reparto de nuestras palabras entre los dioses del amor, Venus, Afrodita y Eros! A la Venus pompeyana le cargamos las enfermedades **venéreas**, pero no le atribuimos los supuestos productos ‘venusiacos’ [como sí hacemos con los **afrodisíacos**, por Afrodita] ni las cualidades del ‘venusismo’ [como sí hacemos con el **erotismo**, por Eros]. ¡Pobre Venus!)

—Pero también es un planeta vuestro, ¿no?

—Sí, nuestro único **planeta** (del griego *planetes*, ‘errante’) con nombre de mujer. El nombre se lo dio nuestra diosa, Venus, y lo llamamos de dos maneras: 1) al alba lo llamamos *Lucifer* (de ahí viene nuestra palabra **Lucifer**), porque nos ‘trae la luz’ (se compone de *lux*, **luz**, y *ferre*, ‘llevar’), es el “**lucero** del alba”; y 2) al atardecer lo llamamos *Vesper* (el **véspero**, porque ya es **vespertino**, es el “lucero vespertino”). Es el segundo más brillante de noche, pero a veces se le puede ver también de día... lo que significa que le podrías “rendir culto” no sólo de noche, sino también de día: la diosa Venus siempre te protegerá.

—¿Pero vosotros creéis de verdad en vuestra diosa Venus? ¿Pensáis que sí existe? (Véase Figura 2.6).



Figura 2.6: Venus (de donde vienen las enfermedades **venéreas**) saliendo de una concha entre dos amorcillos, en una pintura de Pompeya. La diosa del amor (los griegos la llamaban Afrodita, la de los **afrodisíacos**) era patrona de Pompeya, hasta el punto de formar parte del nombre de la ciudad, que era la colonia *Veneria Pompeiana*.

—Bueno, ella es la diosa oficial. Si quieres conocer la realidad, ya te enseñaré yo a ti el verdadero templo de las Venus pompeyanas.

—Las diosas del amor —me imagino yo.

La primera en la frente: empezamos la aventura lingüística de las pintadas. Un grafito en una pared pide a Venus que proteja a una pareja de jóvenes enamorados: «Que Venus Pompeyana les sea propicia y que los dos vivan siempre en concordia». ¡Qué bonito: no sólo había **sexo**, sino también amor... o, al menos, concordia! Y es que el hijo de Venus se llamaba Cupido, el dios del deseo amoroso.

(Apresurémonos a explicar la palabra ‘sexo’ [del latín *sexus*] antes de que abusemos de ella. En definitiva, esa palabra es la que nos permite ser animales **sexuados**, pues nos reproducimos **sexualmente** [que no es lo mismo que por tener una “mente sexual”], dado que estamos dotados de órganos **sexuales**, como tantos otros animales y plantas. A algunos incluso les permite hoy ser una persona **sexy**, ‘con atractivo sexual’, como a algunas les permitía en la antigua Pompeya ser **sexungula**, una ramera que consumía los bienes de sus amantes por ser una manirrota.

Aclaremos enseguida tres malentendidos:

1. Lo primero que no entendemos es que, según Corominas, esta palabra «no está en Nebrija, ni en Covarrubias, ni figura en el *Quijote*». ¡Qué pudibundos! Pues bien, es una etimología muy sencilla, que el gran etimólogo Roque Barcia condensaba así ya en el siglo XIX: «latín *sexus*, por *sectus*, ‘corte’, **sección**, forma de *sectum*, supino de *secare*, ‘cortar’»; y aclaraba su sentido etimológico: «el sexo es la sección o corte del género», «la diferencia entre el macho y la hembra, así en los racionales como en los irracionales, y aun en las plantas».
2. Platón lo explicaba metafóricamente en un bello mito: al principio, el ser humano era un extraño organismo doble, con dos sexos [hombre-mujer, hombre-hombre, mujer-mujer], en el

que los dos estaban unidos espalda contra espalda y presentaban una forma redondeada; pero el dios Zeus se enojó con él, le lanzó un rayo que lo ‘seccionó’ en dos... y desde entonces cada individuo vaga por la vida buscando su “media naranja” [hombre-mujer, hombre-hombre, mujer-mujer] que lo complemente. Segundo malentendido: ¿por qué la gente lo llamará “amor platónico” si ya el propio Platón quería decir “sexo”?

3. Tercer malentendido. Tampoco entendemos a los romanos cuando usaban sus adjetivos para diferenciar el género: *a)* el adjetivo correspondiente al varón era *virilis*, o sea, **viril**, ‘varonil’, ‘masculino’, ‘esforzado’; *b)* en cambio, el adjetivo correspondiente a la hembra ¡era *sexualis*, **sexual**, ‘femenino’! Pueden comprobarlo en cualquier diccionario latino, si no creen que fueran tan machistas en su lenguaje. ¿Es que una mujer no puede ser ‘esforzada’ y un hombre no puede ser ‘sexual’? ¡Qué castrante!

Nuestro amigo Trimalción

—Regresemos hacia el *Forum* y verás que tiene unas dimensiones impresionantes: 473 pies de largo por 126 de ancho —nos dice nuestro ya amigo.

Echo cuentas (un *pes* o **pie** equivale a 30 cm): mide 142 × 38 m. Un bello rectángulo.

—Es una zona peatonal, pues unos topes de piedra impiden entrar a los carruajes. Por eso está lleno de gente.

Trimalción, que así nos ha dicho que se llama nuestro amigo, nos informa:

—Pompeya tiene ahora unos veinte mil habitantes, incluyendo los pobladores de las *domus*, o **domicilios** del interior, y los de las *villæ*, o **villas** de los alrededores. Es una ciudad de provincias, cincuenta veces menor que la capital: Roma supera el millón de habitantes. Es la mayor ciudad del mundo.

—Pero Pompeya es diez veces mayor —le comento yo— que la hispana *Barcino* (**Barcelona**), que sólo tiene unos dos mil.

—¡Vienes de un pueblo! —empieza a mostrar sentido del humor Trimalción.

¡Sí, ya me acuerdo! Se llama como el “nuevo rico” de esa novela satírica que ha escrito Petronio hace menos de veinte años. ¡A ver si resulta que es como él!

—A nuestra izquierda, el Templo de Apolo nos recuerda la influencia griega en la ciudad, cuando ésta pertenecía a la Magna Grecia. (Véase Figura 2.7). Antes estuvieron los primitivos pobladores oscos y también los etruscos o toscanos (no sé si nuestro **hosco** tendrá que ver originariamente con ‘osco’, pero sí sé que **tosco** tiene que ver con ‘toscano’, por la connotación negativa que esos toscos pueblos “primitivos” tienen para los “cultos” romanos).

—Sois **cosmopolitas** (del griego *kosmos*, ‘mundo’, y *polis*, ‘ciudad’), ciudadanos del mundo. Como Diógenes (preguntado Diógenes de dónde era, respondió: «Soy ciudadano del mundo»). Los oscos, los griegos, los etruscos...

—Sí, nuestra historia y nuestra situación como puerto de mar nos han hecho así.

—Un puerto es siempre una puerta. (Hoy día el mar ha retrocedido en muchas partes del Adriático, por lo que antiguos puertos italianos quedan actualmente tierra adentro, lejos del mar: Pisa, Ostia, Pompeya... ¡El relieve no sólo lo moldean los volcanes! A veces la propia naturaleza transforma la geografía sin necesidad de utilizar siempre cataclismos: la destrucción del mundo puede acontecer con la misma lentitud con la que los humanos construimos el mundo del lenguaje, palabra por palabra, hasta que cada una de ellas es aceptada en la sociedad.)

—Y luego estuvieron los samnitas, que serían dominados por Roma varios siglos más tarde —y añade, orgulloso—: sólo hace 159 años que nos hicieron colonia romana. Nos trajeron la tan cacareada *Pax romana* (evidentemente, de esa *pax* nos llega la **paz**, pero una *pax* especial: la paz **romana**).



Figura 2.7: Sobre el alto podio del Templo de Apolo aún se alzan dos de sus 28 columnas corintias. Ante la amplia escalinata se ve un ara (o altar) de travertino y una columna jónica de mármol en la que reposa una pieza curiosa: un reloj de sol.

—Así entrasteis en la civilización...

—¿Por qué lo llaman “entrada en la civilización” cuando quieren decir “sometimiento a su tiranía”?

Pues pienso que no deja de tener razón. Pronto alguien dirá de los romanos una frase famosa: «*Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant*», que, literalmente, podríamos traducir por: «Donde la soledad hacen, paz lo llaman». Y, teniendo en cuenta que *solitudo* no sólo significa **soledad** sino también ‘desierto’ o ‘lugar solitario’, podríamos traducirlo algo más libremente: «Donde crean un desierto dicen que han llevado la paz». Sí, la paz de los muertos. Arrasan, asesinan, saquean... Pero no quiero envenenarle la sangre aún más, por lo que le insisto en lo positivo:

—Pero Roma construyó un gran imperio...

—Mira, la historia de Roma se resume así: ampliar su *limes* (**límite**, ‘frontera’) y luego luchar con el nuevo vecino. Era una aldea que

venció a su vecino y así luego llevó su *limes* más allá, con lo cual se encontró con un vecino nuevo al que combatió y así llevó más allá su frontera, por lo que encontró un nuevo vecino con quien luchar...

—¡Y así Roma ha conquistado todo el mundo conocido, en tres continentes! ¡Como para ser su vecino! (**Vecino** viene del latín *vicinus*, que está ‘próximo’, ‘cercano’, porque vive en el mismo *vicus*, en el mismo ‘barrio’.) Así lleva... ¿cuántos siglos?

—Pues mira: las últimas “fiestas seculares” fueron las del 800 aniversario *Ab Urbe condita*, que se celebraron en tiempos del emperador Claudio, hace 32 años. (Nuestro **siglo** viene del *sæculum* latino, que significaba ‘generación’, la ‘duración máxima de una generación humana’, y por eso «al espacio de cien años lo llamaron siglo», según Varrón. Los *ludi sæculares* eran unas ‘fiestas **seculares**’ que se celebraban cada cien años. Y de ahí deriva lo de **seglar**, lo relativo a la vida de este siglo, de este mundo.)

—O sea, desde que se fundó Roma lleváis ya $800 + 32 = 832$ años de historia de guerras.

—*Civis romanus sum*, ésa es la principal ventaja: ‘soy ciudadano romano’, tengo derecho de ciudadanía, con toda una serie de garantías legales. (*Civis* es **ciudadano**, y *civitas*, **ciudad**; y de ahí derivan palabras tan bellas como **civil**, **cívico**, **civilización**..., aunque también algunas como ‘guerra civil’. Nunca he entendido por qué llamamos ‘civil’ a una guerra tan **incivil**: más bien será un *vicinum bellum*, una ‘guerra contra el vecino’.)

Y prosigue con sus explicaciones:

—Frente al Templo de Apolo, siempre en el lado izquierdo del *Forum*, se alza el *Suggestum*. (Véase Figura 2.8). En esta tribuna los oradores intentan **sugerir** cosas y votos a la gente (del verbo *suggerere*, que inicialmente significaba ‘llevar debajo’, por *gerere*, ‘llevar’, y *sub*, ‘debajo’, pero que después pasó a significar ‘sugerir’, ‘aconsejar’).

—¡Tenéis una vida política intensa!

—Luego está la *Mensa ponderaria*, o **mesa** de pesas y medidas (*pondus* es el ‘peso’ y la ‘pesa’, por lo que *ponderare* indica ‘pesar’ y, por



Figura 2.8: El amplio Foro de Pompeya era el centro de la vida política, religiosa y económica de la ciudad. Exclusivamente peatonal, estaba pavimentado y lo rodeaban bellos pórticos en dos planos, dórico el inferior y jónico el superior. Frente al lado izquierdo se encontraba el *Suggestum*, un gran podio o estrado desde donde los oradores arregaban a los ciudadanos.

tanto, **ponderar**, ‘juzgar’, ‘apreciar’). Así todos los comerciantes podrán y deberán atenerse al sistema de medidas romano, para ajustarse a esas medidas, *ad mensuras exæquandas* (por *mensuras*, **mensura**, ‘medida’, y el verbo *exæquo*, **igualo**, ‘equiparo’, como cuando aún decimos **ex æquo**, ‘en pie de igualdad’). (Véase Figura 2.9).

—¡Una vida muy igualitaria, al menos en cuanto a las normas comunes!

—Después encontramos el *Horreum* (el **hórreo** o ‘granero’ en el que se almacenan cereales y otros productos de venta), que tiene detrás un mercado *holitorium* (de **hortalizas**).

—Pues en el norte de *Hispania* llamaremos ‘hórreo’ a algo parecido.

—Y, ya al final de este lado izquierdo, tienes el *Ærarium* (el **erario** o ‘tesoro público’) y un escusado inexcusable: una *latrina publica* o ‘**letrina** pública’ (el verbo *lavare*, **lavar**, dará ya en latín *lavatrina*, ‘lavabo’, ‘retrete’, que se contraerá en *latrina*, de donde nos vendrá nuestra ‘letrina’).

Me entran ganas y entro. Mi cicerone entra conmigo y descubro



Figura 2.9: La *Mensa ponderaria* mostraba el sistema oficial de pesas (*pondus*) y medidas (*mensura*) al que debían ajustarse todos los comerciantes. Como dice la segunda línea de la inscripción, estaban igualadas con las unidades de medida del sistema romano: «*ad mensuras exaequandas*».

que... ¡son comunes! Es una sala espaciosa en la que hay unos veinticinco o treinta asientos, sin separación entre ellos. Y veo que cada uno de sus ocupantes hace lo que necesita, o lo que puede. Charlan amistosamente entre ellos, como si fuese un centro social. (Véase Figura 2.10).

—Mira lo que han escrito en esta pared: «*Encolpius hic bene cacavit*», y lo traduzco: «Encolpio aquí cagó bien».

(**Caca** es probablemente una palabra expresiva de creación infantil, pues tiene paralelos en muchos idiomas; y de ahí se formaría luego en latín *cacare*, **cagar**, ‘defecar’, por lo que **cagadero** o **cagatorio** es el ‘lugar donde se caga’. El cagatorio de **Diógenes** [el ‘hijo de dios’] era el ágora, pues lo hacía todo en público; y, habiéndole reprochado alguien tal indecencia, respondió: «Si comer en el ágora no es indecente, tampoco lo será el descomer». Pero no se piense que un **cagón** es quien caga mucho, sino que es un **cagado**, que se caga de miedo, un miedoso. Y el producto de ese acto son: a) las **heces** [del latín *fæx*, *fæcis*, ‘restos’ o ‘residuos’ de la fabricación del aceite o del vino, y luego de la sociedad o, en particular, del organismo, por lo que **de-fecar**, que en latín se decía *defæcare*, es ‘eliminar las heces’]; o bien b) los **ex-**



Figura 2.10: Otro centro de la “vida social” del Foro eran las letrinas. Estaban al final del lado izquierdo, cerca del Templo de Júpiter y del Erario público. No eran retretes privados, sino un espacio común en el que “se socializaba”, como se puede ver en estas letrinas de Ostia.

crementos [el verbo latino *cernere* significaba **cerner**, ‘tamizar’ o ‘cribar’ con un cedazo para separar lo bueno de lo malo, de donde derivarían los verbos **dis-cernir**, **con-cernir**, **se-cretar** los **secretos** y **ex-cretar** los **excrementos**); c) dicho en claro, la **mierda**, y ésta viene del latín *merda*, que se conserva tal cual en catalán, gallego e italiano. También existía en latín la palabra *stercus*, *stercoris*, que originaría nuestro **estiércol** y **estercolero**. Si CJC hubiese expandido su *Diccionario secreto*, sin duda habría podido incluir estos inefables versos que me enseñó una letrina hispana, pero que podrían haber sido grafiteados en las de Pompeya: «Cagón que cagando estás, / que con tanto gusto comiste, / caga y no te pongas triste, / que, cagando, comerás».)

—¡A lo mejor lo ha escrito un amigo mío que se llama Encolpio. Debió de sentir una necesidad, y vendría con su amiguito. Quizá los conozcas esta tarde. (**Quizá** procede del latín *qui sapit*, ‘quién sabe’. ¿Quién sabe si los conoceré esta tarde?)

—¡Qué claro habla tu amigo! Le salió bien.

—¿Qué? Pues si ése lo hizo bien, a este otro lo avisan del mal: «*Cacator, cave malum!*».

Lo traduzco para practicar, aunque sea *ad pedem litteræ* (‘al pie de la letra’) para que sea más comprensible: «Cagón, cuidado con el

mal». (Como ya podemos imaginar, *cacator* es **cagón**; *cave* advierte de un peligro, como en «*Cave canem!*» [«¡Cuidado con el perro!»]; y, por último, *malum* significa **mal**, ‘desgracia’, ‘daño’.) Pues eso, ¡cuidado los cagones!

Es que hasta para las cosas de la caca y la **orina** (*urina*) tenemos que recurrir al latín. Y también para **orinar**. Si no, ¿cómo diríamos **orinal** sin el *urinalis* latino? Eso sí, conservamos la ‘u-’ de la *urina* original en nuestros **urinaríos**. Creo que la orina se recoge para venderla como detergente para las lavanderías e incluso como supuesta “pasta de dientes” (¡mejor si es de gladiador!). Aunque me repugna, me atrevo a preguntárselo a mi recién estrenado amigo, para intentar aclararlo. Trimalción se burla de mí citando a Catulo:

—«Sobre todo tú, hijo de Celtiberia, tierra de conejos, a quien hacen pasar por hombre de bien una barba espesa y unos dientes frotados con orina ibera». (Simplificando mucho el tema tanto en el espacio como en el tiempo, podríamos decir que, trazando una diagonal del noreste al suroeste de nuestra Península, ésta se encontraba poblada por los celtas al oeste de esa diagonal y por los iberos al este, con una zona mixta entre ambos en el centro integrada por los **celtíberos**, con dos casos particulares: los vascos al oeste de los Pirineos y los turdetanos al oeste de la zona baja del Guadalquivir. La palabra **celtas** proviene de los *Keltai* de los griegos, quienes llamaban así a los pueblos indoeuropeos que vivían desde más allá de los Alpes hasta «más allá de las Columnas de Hércules», como decía ya Heródoto hace dos mil quinientos años. La palabra **iberos** procede del nombre griego del río *Íber*, bien por el nombre local del Ebro, bien por el río *Iberus* de la Turdetania [el Tinto-Odiel]. Por los iberos se dio ese nombre a **Iberia**, y por la mezcla de ambos pueblos a **Celtiberia**, palabra que desde el *show* de Carandell serviría para calificar a españoles que responden a cierto estereotipo negativo.)

Sí, vengo de esa «tierra de conejos» que es Celtiberia. Pero ¡qué asco, ese uso de la orina! Catulo lo explica a continuación: «En Celtiberia, con lo que cada uno ha meado, por la mañana suelen frotarse

los dientes; así que, cuanto más blancos estén, más orines proclamarán que han bebido».

(No sé si sabemos bien a dónde va **España**, pero sí sabemos de dónde viene: del latín *Hispania*. De *Hispania* > ‘España’. Hace casi 2.222 años, los romanos vencieron a los cartagineses que estaban en esta península y se quedaron con toda España [¡España “entró en la civilización” antes que Pompeya!], y ellos la dividieron en *Hispania Citerior*, o Próxima, e *Hispania Ulterior*, o Lejana. Pero ¿por qué los romanos la llamaron **Hispania**? Pues porque así la llamaban antes los cartagineses, a quienes Roma se la ganó en las guerras ‘púnicas’. En púnico o cartaginés, esta tierra se llamaba *Isephanim*, o sea, la ‘isla de los conejos’. Esperemos que supiesen más de etimología que de geografía [¿España, una ‘isla’?], pero el caso es que así quedó: *Isephanim* > *Hispania* > ‘España’. O sea, ‘españoles’ = ‘conejeros’. Al menos eso era lo que pensaban Catulo, Plinio el Viejo, Catón el Censor y otros escritores latinos.)

Pero, si no queremos ponernos tan finolis usando la palabra ‘orina’, sin el latín tampoco podríamos **mear** (del latín vulgar *meiare*, en latín clásico *meiere*, y también significaba lo mismo *mingere*, que las palabras guarras siempre abundan... Por lo que ya podemos adivinar en qué consistirá la **micción** y hasta qué será un **mingitorio**: el ‘lugar en el que se mea’). Recuerdo un grafito en la pared de una letrina en el ágora de Éfeso, inspirado en expresiones del propio Homero y escrito en verso:

«Pisa con fuerza y agita el puño,
grita fuerte y tose con ganas,
menea todo tu cuerpo y caga a fondo,
deleita tu imaginación,
y que tu estómago no te duela nunca cuando entres aquí».

Sin desperdicio, ¡incluso lo del cuarto verso!

Con el Vesubio al fondo

Pero eso ya empieza a oler mal. Así que volvemos a lo clásico, a lo bonito:

—Y ahí está el gran templo: el Templo de Júpiter, en el lado principal del *Forum*, con el Vesubio como telón de fondo

Sí, como telón de fondo del próximo drama, me estremezco. Hablando de olores, desde aquí percibo un tenue pero inquietante olor a azufre, como una sombra sobre la ciudad.

—Está flanqueado por dos arcos dedicados a **sendos** (por *singuli*, ‘uno a cada uno’) prohombres: uno a Germánico, el otro a Tiberio. Un relieve de Pompeya muestra cómo se tambaleaba este templo durante el gran terremoto de hace pocos años. (Véase Figura 2.4).

—Claro —pienso yo—, ya lo escribirá Tácito dentro de pocos años: «Pompeya fue destruida por un terremoto en gran parte».

—Por eso el gran templo se está reconstruyendo ahora: *a*) sobre un **podio**, con una escalinata de acceso (el ‘podio’ era donde los griegos ponían sus *podói*, sus ‘pies’, menos **Edi-po**, que tenía los ‘pies hinchados’); *b*) se llega a la *pronaos* (**pronaos**, como en griego, ‘antes de la naos’); *c*) que da paso a la *cella* (la **celda** donde se aloja la estatua del dios; de hecho, *cella* inicialmente significaba ‘almacén’) o **sanctasanc-tórum** (de *sancta sanctorum*, los ‘santos de los santos’).

—¡Qué bien lo explicas!

—En este caso, los nichos que se construyen en la *cella* estarán dedicados a la tríada capitolina (como el **Capitolio** de algunos países, por el *Capitolium* de Roma, construido sobre el monte *Capitolinus* o **Capitolino**, una de las “siete colinas” de Roma; siempre se dijo que Roma era el *Septi-montium*, el recinto de los ‘siete montes’). O sea, a Júpiter, flanqueado por las diosas Juno y Minerva.

—Es la misma idea que gobierna el principal templo de Roma, ¿no? El templo más importante, dedicado al dios más importante, en el sitio más importante.

—¡Claro! Porque es el templo consagrado a *Jupiter Optimus Maxi-*

mus Capitolinus. (**Júpiter**, en realidad, es un compuesto: de *Jovis* [genitivo de *Jupiter*] + *pater* [**padre**]. Y el padre de todos los dioses es *optimus* [**óptimo**, superlativo de *bonus*, **bueno**], pero además *maximus* [**máximo**, superlativo de *magnus*, **magno**], es decir, el mejor y el más grande. Y, por si fuera poco, es *Capitolinus* porque preside el Capitolio de Roma.)

—He leído que, hace unas pocas décadas, el emperador Calígula hablaba con la estatua de ese Júpiter Capitolino: le susurraba al oído y luego le presentaba el suyo. ¿Qué se decían?

—En cierta ocasión se oyó al emperador gritarle al dios: «¡Demuéstrame tu poder o teme el mío!».

Pero luego Trimalción nos explica mejor la religión romana:

—En nuestra religión, la gente no entra en los templos, sólo los sacerdotes. El templo aloja la estatua del dios, y poco más. La gente se queda fuera, para presenciar los sacrificios al dios sobre el *ara* esa que ves ahí delante (el **ara** o ‘altar’ de los sacrificios). Lo importante son los ritos, no las creencias.

—En mi tierra sí entramos en los templos. Bueno, los que van. Para **orar** (en latín, *os*, *oris*, era ‘boca’, por lo que el verbo *orare* inicialmente significaba ‘hablar’, ‘pedir’; pero luego, de tanto ‘pedir’ a los dioses, acabó significando ‘orar’, ‘rezar’).

Es un templo modesto, pero nos llama la atención su *ara*, cuyos relieves representan a un *victimarius* (un **victimario** o sacerdote sacrificial) guiando hacia el altar a su próxima **víctima**, un buey, mientras el matarife tiene ya preparada el hacha del sacrificio.

—Los sacrificios más impresionantes son los de las *suovetaurilia* (un compuesto de tres palabras: *sus*, ‘cerdo’ y otros **suidos**; *ovis*, ‘oveja’ y otros **óvidos**; y *taurus*, **toro**, de donde vendrán nuestras **tauro**maquias). (Véase Figura 2.11). O sea, olvídate de entrar en el templo a orar.

—¡Gracias por el consejo! Cicerón no lo habría hecho mejor.

—En nuestro **Panteón** (que, en griego, significa ‘todos los dioses’, como **pandemónium** sería literalmente ‘todos los demonios’) tenemos muchos dioses. Somos **politeístas** (*polýs*, ‘mucho’, + *theós*, ‘dios’).

Por eso somos tolerantes con los dioses de los demás pueblos, siempre que los demás respeten los nuestros. Por ejemplo: *a*) incorporamos dioses de los griegos (véase Figura 2.7); *b*) unos amigos míos tienen en casa una diosa india, que se llama Lakshmi (véase Figura 2.12); y *c*) aquí florece también el culto a la diosa egipcia Isis, que tiene incluso un bello templo (véase Figura 3.4).

—¡Claro —murmuro para mí—, el que visita Mozart en 1769 y que luego le inspirará su *Flauta mágica*!

—En el mundo romano, los templos de los dioses miran hacia fuera, mientras que las casas de los hombres miran hacia dentro. Ya verás mi casa..., si aceptas mi invitación para la *cena* de esta tarde (la **cena** o comida principal del día, que se celebraba por la tarde).

—¡Por supuesto! Tus cenas pervivirán en la memoria de la gente durante mucho tiempo.

—Eso sí, comeremos juntos tras callejear un poco más y tras hacer lo que hace todo buen romano: visitar las *thermæ* (las **termas**, lo que



Figura 2.11: Relieve romano que muestra una *suovetaurilia*, rito en el que se sacrificaba un **cerdo** (*sus*), una **oveja** (*ovis*) y un **toro** (*taurus*).



Figura 2.12: ¿Qué hacía en Pompeya esta estatua procedente de la India en la que la diosa Lakshmi nos enseña procazmente su vulva y sus generosos pechos con una sonrisa cómplice? ¿Y qué pintaban en Pompeya los templos y estatuas a dioses griegos como Apolo? ¿Y cómo es que Mozart pudo visitar en Pompeya (como podemos hacer hoy nosotros) un templo de la diosa egipcia Isis? Cualquier dios de India, de Grecia o Egipto tenida cabida en Pompeya, siempre que sus seguidores respetasen los ritos de la religión romana, politeísta y por tanto tolerante.

algunos modernos llaman **SPA** sin saber siquiera que no están hablando en inglés, sino en latín: *Salutem Per Aquam*, ‘a la salud por el agua’).

Este Trimalción, que al principio me parecía *superbus* (**soberbio**) *et superfluens* (compuesto de *super* y *fluo*, **superfluo**, ‘que fluye por encima’, ‘que te desborda’ y ‘te rebasa’), cada vez me cae mejor. Hasta el punto de que yo creería que se parece a mí.

Entre el patrimonio y el matrimonio

Con tan interesante programa, nos damos un poco más de prisa en recorrer el último tramo del *Forum*, regresando así al punto de partida por el lado contrario. Nos asomamos al *Macellum* (el DRAE recoge aún la palabra moribunda **macelo**, ‘matadero’). (Véase Figura 2.13).

—Inicialmente era un mercado de comestibles, de carne pero también de pescado: en el centro tiene una rotonda de doce columnas cubierta por una cúpula, que gracias a una fuente sirve como vivero

de peces. E incluso exhibe varias estatuas de culto a Augusto y a varios miembros de la familia imperial. Pero también dispone de tiendas al exterior donde están los *argentarii* (los cambistas o **argentarios**, o sea, ‘los de la plata’ o *argentum*, que tan **argentino** sonido produce).

—Es decir, los banqueros, que en todas las épocas están en el sitio adecuado en el momento adecuado. (Aunque ‘banco’ implica la idea de mueble para sentarse, los romanos ya tenían el concepto actual de banco como sitio donde se trabaja con el dinero; sólo que no lo llamaban ‘banco’, sino **mesa**: era la *mensa argentaria*, la ‘mesa del dinero’. Y Suetonio nos cuenta que el padre del actual emperador «tuvo banca en **Helvecia**» [en latín, *Helvetia*]. ¡Si es que ese país estaba predestinado!)

—Con el divino Augusto se pasó de la República al Imperio —nos comenta Trimalción, un tanto escéptico, retornando al tema de Augusto.

—O sea, de la democracia a la dictadura, que decimos nosotros —comento yo. (Si la democracia es un invento de los griegos, la **dictadura** la inventaron los romanos: el *dictator* o **dictador** era un magistrado nombrado en circunstancias extraordinarias y dotado de un poder absoluto; al principio era un cargo sólo para un **semestre** [*semestris* = *sex* + *mensis*, para ‘seis meses’, pero ya se sabe lo que pasa con los dictadores: les das seis meses y luego ellos se toman... Julio César se hizo proclamar *dictator perpetuus*, **perpetuo**, ‘vitalicio’. ¿No querría convertirse en *Rex* y por eso los republicanos demócratas lo asesinaron?)

—Sí, Augusto lo consiguió: ya lo había intentado su tío abuelo Julio César, pero la jugada no le salió bien. Y se lo cargaron en los **idus** de marzo de hace... 123 años (si las *calendæ* de las que procede nuestro **calendario** eran el primer día de cada mes, los *idus* eran los días 15 de marzo, mayo, julio y octubre y los días 13 de los otros ocho meses; o sea, a César lo asesinaron el 15 de marzo del -44).

—Pero Augusto decía que sólo era «*primus inter pares*» (*primus*, **primero**; *pares*, **pares**, **parejos**, ‘iguales’; el ‘primero entre iguales’, como nuestro Primer Ministro, que “sólo” es el ‘primero de los ministros’).

—Olvídate de los *pares* y céntrate en el *primus*, así acertarás.